

Teresa Galeote

EL VUELO DE OSIRIS

Colección de Teatro
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra: © Teresa Galeote Dalama
De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.
De la foto de portada ©konradbak-Fotolia
Abril de 2013
<http://www.edicionesirreverentes.com>
ISBN: 978-84-15353-52-2
Depósito legal: M-8607-2013
Diseño de la colección: Absurda Fábula
Imprime: Cimapress
Impreso en España.

PRÓLOGO

El vuelo de Osiris es más que una historia sobre perdedores de la guerra civil, o sobre los perdedores de las guerras en general, es también la historia de una muerte, la de un suicidio y, como no, la de una traición... o varias traiciones.

Y además, es una historia en la que se nos aparecen los muertos, como en la vida real. Porque los muertos que hemos dejado en nuestro camino acaban por aparecer de nuevo ante nosotros, más tarde o más temprano, pero lo hacen.

Estamos ante una obra que tiene elementos del drama y de la tragedia. Es un texto realista, situaciones como la descrita por Teresa Galeote se vivieron muchas sin duda durante varias décadas en esta España por entonces gris. Su forma expresiva es el diálogo entre protagonistas de los hechos, predomina la función apelativa del lenguaje, que nos llama a ser nosotros quien recreemos los dramas vividos a través de los testimonios que se nos ofrecen. No es una obra en la que se de todo hecho al lector o al espectador, sino que se busca su participación activa. Y hay elementos de la tragedia, porque los personajes tratan de producir en nosotros una crisis, una purificación del lector, que encuentra en los defectos y las faltas de los personajes un retrato de sus propias carencias. La tragedia culmina normalmente en la destrucción social de los personajes, y este es el caso que tratamos. Margarita, destrozada por la

muerte de Jaime ha sido engañada por varias personas, y sólo al final de la obra conocerá la dimensión de la verdad. ¿Pero Margarita acaba destruida o la verdad revelada le aporta luces sobre lo vivido? ¿Y las luces sobre lo vivido son fuente de vida o de derrota? Cada lector o espectador podrá encontrar su propia respuesta.

En los dos protagonistas ausentes de la obra (ambos son protagonistas en el recuerdo de quienes los sobrevivieron) estuvieron enfrentados Eros y Thanatos; el amor y la muerte. En uno apurando la vida hasta el último momento, en el otro renunciado conscientemente a ella.

Cabe decir que en la obra de Teresa Galeote se dan muchas de las claves del teatro social, porque se analiza la sociedad de la época y las relaciones humanas desvelando injusticias, mentiras y violencia, pero con elementos de teatro poético, porque sobrevuela una cierta poesía de la derrota; en el fondo, cada personaje tiene una flor escondida, incluso aunque sea venenosa.

Teresa Galeote cree en la literatura como forma de creación de belleza y de un orden interno, pero además como instrumento de agitación y transformación de la sociedad. Pero su deseo de cambio social se matiza y modula con la fascinación que le producen las contradicciones de los personajes, que la atraen y la llevan a convertir lo que habría podido ser una obra de clara intención política en una reflexión sobre los senderos por los que nos perdemos a lo largo de la vida.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

PERSONAJES

MARGARITA: Vecina y amiga de Jaime y Marina

MARINA: Mujer de Jaime

JAIME: Marido de Marina

FÉLIX: Sobrino de Jaime

BASILIO: Amigo de Jaime y Marina

ESCENA 1ª

Personajes: Margarita, Félix, Marina, Jaime

Un salón. Una mesa en el centro, unas sillas junto a la mesa, un mueble en un lateral sobre el que reposa un teléfono y un retrato, un sillón junto al mueble, un gran espejo en una de las paredes y un perchero. En el fondo una puerta que da a la cocina. Margarita, mujer bien parecida que ronda los cincuenta y Félix, hombre que ronda los treinta, entran. Margarita se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero; da muestras de estar destemplada.

Margarita.— *(Lanza un suspiro)* Ha sido un funeral muy íntimo. *(Se frota los brazos y se sienta en una silla)*. Pero... ¿por qué hace tanto frío? Siento que hoy es el día más frío de todo el invierno.

Félix.— Sí, es verdad que hace mucho frío, pero no creo que sea el día más frío del invierno. ¿Es que no recuerdas el mes pasado?, cuando estuvimos a cinco grados bajo cero. *(Se quita el abrigo, se sienta junto a Margarita y deja el abrigo sobre el respaldo de una silla)*.

Margarita.— Claro que me acuerdo. Pero entonces todavía estaba Jaime con nosotros. (*Con énfasis*) No es justo, Félix, no es justo. Marina y Jaime; los dos se han ido de este mundo en sólo nueve meses; primero Marina y luego Jaime. (*Llora unos instantes*).

Félix.— Una terrible pérdida para nosotros. Pero no pudimos hacer nada, sobre todo por mi tío. Últimamente estaba tan decaído...

Margarita.— ¿Te dije que encontraron su cuerpo sobre la cama, que tenía la fotografía de Marina entre sus manos?

Félix.— Sí, fue lo primero que me contaste cuando me llamaste por teléfono.

Margarita.— Yo no tenía sus llaves, me las pidió días antes diciendo que tú las necesitabas. Yo pensé que con darte otro juego..., pero no le dije nada. No terminé de creerme lo del viaje, así que te llamé a la mañana siguiente. Cuando negaste lo que Jaime me contó, me di cuenta que había sido una argucia para que le dejase solo... (*Llora un instante*). Félix, he fallado; no he sido capaz de retener a Jaime. Prometí a Marina que cuidaría de él, pero he fallado.

Félix.— (*Toma las manos de Margarita entre las suyas*). Marga, no debes decir eso; estuviste con él todo el tiempo. Le cuidaste. ¿Cómo puedes pensar semejante barbaridad?

Margarita.— ¡Dios! La muerte; esa señora que nunca da explicaciones, se ha llevado a mis amigos. Lo de Marina no

tenía remedio, pero lo de Jaime era diferente. He sido yo la que he fallado; no he sido capaz de retenerle. (*Félix pasa uno de sus brazos por los hombros de Margarita*).

Félix.— Todos hemos hecho cuanto hemos podido, pero mi tío ya tenía decidido su final. ¿Por qué dejar caer sobre ti esa tremenda responsabilidad?; está fuera de lugar.

Margarita.— Porque yo vivía pegada a él, porque él se ocupó de mí cuando era una adolescente. Por tantos y tantos motivos...

Félix.—Yo he sido y sigo siendo su sobrino. Bajo tu punto de vista, ¿qué responsabilidad guardas para mí?, ¿en qué fallé yo?

Margarita.— No fallaste en nada. Hiciste mucho por él. Le alegraste los últimos años de su vida con tu presencia. ¿Te parece poco?

Félix.—Pues igual que tú. Me consta que has estado pendiente de él todo el tiempo, y no sólo por esa cercanía de la que hablas. Y sé que lo hacías con cariño y desprendimiento.

Margarita.— Eso es cierto. No creo que nadie dude del cariño que le tenía. Para mí era mucho más que un vecino; era un amigo, ¡qué digo!, más que un amigo.

Félix.— Pues eso es lo que debes pensar. Nada de culparte. Todos le queríamos; hemos estado con él hasta el último momento y tú más que nadie. Sabes que somos

mortales, que la muerte siempre es la gran vencedora; nadie puede escapar de ella.

Margarita.— Sí, somos mortales, pero también humanos y nos duele ver morir a los seres que queremos.

Félix.— Sí, nos duele, pero no se puede luchar contra ella cuando llega.

Margarita.— *(Se levanta, pasea unos momentos y habla con énfasis)*. ¿Cuándo llega? Dudo que la muerte quisiera llevarse a Jaime, fue él el que se echó en sus brazos.

Félix.— Sea como sea, la muerte se lo ha llevado. Ahora solo queda el recuerdo; recrear los buenos momentos que hemos pasado juntos.

Margarita.— Ahora no puedo recrearlos. Todavía es pronto. Ahora sólo puedo sentir dolor; dolor e impotencia. *(Cubre sus ojos con las manos y vuelve a sentarse)*.

Félix.— Admito tu dolor, pero tu impotencia... Tú no podías luchar contra la decisión de mi tío.

Margarita.— Hablas de los momentos felices y puede que tengas razón. *(Margarita coge la mano de Félix y sonríe)*. Mi vida está llena de recuerdos felices junto a ellos.

Félix.— Pues son esos los que deben llenar tu cabeza. ¿Por cuál empiezas?

Margarita.— Tengo tantos... No sé por dónde empezar.

Félix.— Comienza por el principio, por el día que os conocisteis.

Margarita.— (*Su semblante se dulcifica*). La mañana que llegaron a esta casa permanece en mi recuerdo. Me crucé con ellos en el rellano de la escalera. Marina intentaba abrir la puerta de la casa y Jaime rodeaba la cintura de ella con un brazo y con el otro sostenía una vieja maleta. Él la miraba de una forma...

Félix.— ¡Eso es!, revívelo en tu memoria; ¿ves cómo puedes hacerlo? Te impresionó la forma en que mi tío miraba a Marina, cómo rodeaba su cintura. Recuerda esa imagen siempre que te lleguen los malos pensamientos.

Margarita.— Yo observaba sus miradas, sus palabras; a una adolescente no se le escapan esos detalles.

Félix.— ¿Cuántos años tenías cuando ellos llegaron?

Margarita.— Tenía trece años y los sentidos abiertos a la vida. Tuve que aprender a vivir sin padre y quise ver en ellos mucho más que a unos vecinos que llegaban desde Valencia. Al principio, vi en Jaime al padre que apenas tuve y por Marina sentí la cercanía de una hermana mayor.

Félix.— ¿Por qué esa distinción? A él como un padre y a ella como una hermana mayor. ¿Por qué no la viste a ella como a una madre? Apenas había diferencia de edad entre ellos.

Margarita.— Él era más serio, ella más vitalista, te incitaba. Además... yo tenía madre. Pero los dos me ayudaron a esclarecer las dudas que me iban llegando. No solo me abrieron las puertas de su casa, también me dejaron entrar en sus corazones; eso fue lo más hermoso.

Félix.— Creo que ellos vieron en ti a una hija; sobre todo mi tío. Me hablaba de ti con mucho cariño, de tu niñez tan responsable.

Margarita.— Mi niñez... Yo apenas tuve niñez, pero no me quejo; fue como tantas otras del barrio, llena de escasez, de obligaciones.

Félix.— Mi tío valoraba mucho tu capacidad de trabajo. En realidad valoraba la voluntad y el esfuerzo que ponías en todo lo que emprendías.

Margarita.— Mi voluntad era empujada por ellos. Conseguí un buen empleo porque me ayudaron en mis estudios y pude atenuar el peso que mi madre soportó en solitario durante años. ¡Pobre Mamá!; el trabajo fue minando su salud.

Félix enciende un cigarrillo y le tiende el paquete a Margarita. Ella lo rechaza, se levanta y va por un cenicero que reposa sobre el mueble de la pared lateral. Lo pone sobre la mesa y se sienta junto a Félix.

Félix.— Las posguerras son terribles: penas, hambre, ausencias... Yo también crecí sin padre y, aunque mi madre se desvivía para que no me faltase nada, pasamos necesidades. Después la situación se arregló.

Margarita.— Mi madre apenas descansaba. Por las mañanas a limpiar casas ajenas y por la tarde lavaba y planchaba ropa para las familias que podían pagar esos servicios. Todo eran exigencias y mi madre no quería perder ningún trabajo.

Félix.— Tiempos duros; las venganzas, los amigos o familiares muertos o exiliados. Y eso no es fácil. Parece que los hombres no quieren aprender de sus errores y persisten en ellos.

Margarita.— Aquí solemos decir que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

Félix.— Tropezar no es lo peor, lo malo es tropezar y no levantarse. Hay que volver a empezar siempre que sea necesario. Y mi tío y Marina lo hicieron; no tardaron en hacer amigos y buena prueba eres tú.

Margarita.— ¡Sí!, enseguida congeniamos. En la casa yo fui una de sus damnificadas, y también lo fue Quique.

Félix.— ¿Quique? Nunca me has hablado de él.

Margarita.— Se marchó mucho antes de que tú vinieras. En el piso en que vivía con su familia ahora vive

Adelina, la viuda que se pasó tres días llorando cuando Franco murió.

Félix.—Vivir para ver y oír. La conozcos por vosotros; creo que dos tres veces me he cruzado con ella en el portal. Marina fue la que me contó algo de la vida de esa mujer. Pero hablabas de Quique, Enrique supongo.

Margarita.— Sí. Quique se curó por las raciones de carne de caballo que Marina le traía y porque Jaime les ayudó a arreglar los papeles para que ingresara en el sanatorio de Guadarrama. La tuberculosis danzaba por todas partes y la bicha se pegó a Quique como una lapa. (*Margarita siente un escalofrío y se frota los brazos*). Necesito tomar algo caliente; un café. ¿Tú qué quieres; café, té, manzanilla?

Félix.— Yo también tomaré café.

Margarita se levanta y va a la cocina. Félix aplasta el cigarrillo sobre el cenicero, pasa sus manos sobre su cabello. Y espera. Margarita regresa con una bandeja, la deja sobre la mesa y se sienta.

Félix.—Uh... qué olor. La verdad es que apetece.

Margarita echa sobre las tazas el café. Y los dos beben un sorbito.

Margarita.— Hablábamos de Quique; un chaval estupendo que se salvo con la ayuda de Marina y de Jaime. Así eran ellos. El chico creció, se casó y cuando tuvo el primer hijo les pidió que fuesen ellos los padrinos.

Félix.— ¿Y lo fueron?

Margarita.— Jaime no quiso aceptar el ofrecimiento; no era muy amigo de boatos y supo zafarse del compromiso. Le dijo que tenía familia y que alguno podía molestarse, pero Marina aceptó encantada.

Félix.— Mi tío era más introvertido, pero ella era muy diferente; muy expansiva en sus relaciones.

Margarita.— Y tanto. A juicio de Jaime, a veces se excedía. Él le recriminaba que no guardase la debida prudencia cuando conocía a alguien.

Félix.— Ella me habló de sus amistades en el mundo del teatro, de algunas actrices que conoció.

Margarita.— Sí. Marina hizo amigos en el mundo del teatro. Un empresario se fijó en ella y consiguió que le dieran un pequeño papel en una comedia, pero después de lo que pasó... se despegó del empresario, aunque del teatro no.

Félix.— ¡Ah!, ¿por eso hablaba de su vocación fallida?

Margarita.— Sí. La obra salió de gira por provincias y el empresario quería que fuese con ellos. Marina lo estuvo pensando, pero al final decidió no ir.

Félix.— ¿Qué pasó?

Margarita.— Ella se dio cuenta del rumbo que podía tomar esa amistad. Al principio pensó que a él le movían intereses artísticos, pero él pretendía algo más. Según Marina, el empresario siempre fue atento con ella; tenía ciertos detalles que no prodigaba con el resto de la compañía, pero no sospechó que pudiera llegar a más.

Félix.— ¿Qué pasó con el empresario?

Margarita.— Que un día, después de los ensayos, el hombre le declaró su amor. Marina se lo dijo a Jaime y los celos se metieron en la cabeza de tu tío.

Félix.— O sea..., que tenía motivos para estar celoso.

Margarita.— A Marina le hubiese gustado ir. Yo sólo sé que hubo un tiempo de tirantez entre ellos y que Jaime sufría. Lo que nunca contó Marina a Jaime es que la noche del estreno el hombre quiso seguir la fiesta con ella. Me dijo que tuvo que desprenderse de él y salir del camerino.

Félix.— Al parecer, Marina levantaba pasiones. Guapa sí que era... y ya tenía años.

Margarita.— Era fascinante. Y un espíritu libre. No me extraña que quisiera volar; este ambiente le asfixiaba.

Félix.— Y no era para menos. Una guerra siempre es terrible y si es civil mucho más. Pero cuando se impone una dictadura..., el enemigo no viene de fuera; el terror está dentro de casa.

Margarita.— Marina quería ir a Francia, pero Jaime estaba seguro de que la situación política en España iba a cambiar, que había que esperar. (*Margarita se levanta y va por el portarretrato que reposa junto al teléfono. Regresa y se lo pasa a Félix. Se sienta*). Mira; esta foto nos la hicimos poco antes que ella cayese enferma.

Félix lo mira unos instantes y devuelve el portarretrato a Margarita.

Félix.— ¡Impresionante! Ella quería volar, pero si hubiese ido a Francia hubiese aguantado otra guerra y otra posguerra, claro que existe una gran diferencia; allí no tuvimos que soportar la represión de una dictadura.

Margarita.— Creo que fue la única vez que vi a Jaime realmente enfadado. Marina no entendía el empeño de Jaime por quedarse en Madrid. Él decía que el régimen de Franco estaba aislado, que Europa liberaría a España de la dictadura. Jaime dio un tremendo puñetazo sobre la mesa; no sé cómo no la rompió.

Félix.— Y no le faltaba razón. Las dictaduras cayeron en Alemania y en Italia y todo hacía suponer que la Europa democrática ayudaría a España. Pero, al parecer, hubo otros intereses que lo impidieron.

Margarita.— ¡Lo ves! Siempre existen otros intereses que no son los nuestros.

Félix.— ¿Cómo iba a adivinar mi tío que la dictadura se iba a perpetuar?

Margarita.— Y se perpetuó. El dictador murió en la cama.

Félix.— Franco murió y ahora España está inmersa en una transición que ellos no verán, ni podrán disfrutar. Ojalá se cumplan sus sueños y los de todos aquellos que esperaron, dentro y fuera del país, un futuro de libertad y justicia.

Margarita.— Ojalá, Félix, ojalá.

Marga toma un sorbo de café y lleva el portarretrato al mueble. Regresa y se sienta.

Margarita.— Y tú, Félix, viniste desde Francia para conocer a tu tío, para estar con él. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te movió?

Félix.— Creo que fueron las cartas que me dio mi madre. Mientras las leía se forjó en mi mente una imagen surrealista de España y en ella estaba mi tío. Después conocí a Dora; los dos estudiábamos en la Sorbona. Ella regresaba a España todos los veranos y volvía cuando comenzaba el curso académico. El tiempo pasó e hicimos planes para el futuro. Años más tarde, nos encontramos en Madrid y busqué a mi tío.

Margarita.— Entonces, ¿fueron esas cartas las que te incitaron venir a España?

Félix.— Sí. Aunque todo tiene un principio. Siendo niño, cuando preguntaba por mi padre, mi madre me contaba que había muerto luchando en la resistencia francesa, como un valiente. Fui creciendo y quise saber más; fue entonces cuando mi madre me explicó que mi padre llegó a Francia huyendo de las represalias que la dictadura franquista guardaba para los que habían sido fieles a La República. Y me dio las cartas. «Toma», me dijo, «Aquí encontrarás más respuestas».

Margarita.— Pero... Jaime se marchó enseguida a Valencia. Regresaron a Madrid cuando Ángela Murió. Si tu padre también murió por esas fechas, debieron escribirse desde allí. ¿Cómo lograste la dirección de Madrid?

Félix.— Todas las cartas llegaron desde Valencia. La pista me vino a través de Hilario, el librero de la calle Hermosilla. Las cartas hablaban de él, de las reuniones que mantenían en la librería. Y allí me dirigí; él fue quien me dio el domicilio. Cuando mi tío regresó de Valencia fue a ver a Hilario y, según me dijo Hilario, estuvieron viéndose algún tiempo, recordando viejos tiempos.

Margarita.— ¡Ah, sí! Hilario. Un hombre encantador; vino a casa de Jaime algunas veces, pero... debe estar muy mayor.